

Eugène Enriquez: Los avatares del funcionamiento social.

Comentarios sobre la Psicología de las masas y análisis del yo de Freud

Eugène Enriquez: vicissitudes of social operation. A comment about `psychology of masses and analysis of the ego´

Héctor Bermúdez Restrepo*

Recibido octubre 15 de 2010, aprobado noviembre 6 de 2010

Resumen

Se presenta un comentario acerca del segundo capítulo del libro de Eugène Enriquez, *De la horda al Estado*. Allí, este autor examina el texto de Sigmund Freud, *Psicología de las masas y análisis del yo*. Enriquez muestra que, con este escrito, al explicar los mecanismos del funcionamiento social, Freud complementa su tesis de la génesis de los aspectos sociales de la especie humana. Se espera, con este artículo, completar una revisión que comenzó con una publicación anterior de esta misma revista. La intención, es: interesar al lector en esta obra freudiana y acompañar al sociólogo a utilizar los recursos epistemológicos de la teoría psicoanalítica, en procura del examen del *vínculo social*.

Palabras clave: Sigmund Freud, Eugène Enriquez, *Psicología de las masas y análisis del yo*, identificación, vínculo social.

Abstract

A comment about Eugene Enriquez's second chapter book called *De la horde à l'État*. There, this author examines the text of Sigmund Freud, *Group psychology and analysis of the Ego*. Enriquez shows that, with this paper, explaining the mechanisms of social functioning, Freud complements his thesis of the genesis of the social aspects of the human species. We are expecting, with this article, to complete a review that began with a letter published in the previous issue of this magazine. The intention is the same: interest to the reader in the Freudian work and accompanies the sociologist to use epistemological, psychoanalytic theory resources in the search for the study of the *social link*.

Key words: Sigmund Freud, Eugène Enriquez, Group psychology and analysis of the Ego, identification, social link.

* Candidato a Doctor en Sociología, Université du Québec à Montréal (UQÀM); Magister en Ciencias de la Administración; Especialista en Gerencia del Desarrollo Humano, Universidad Eafit; Sociólogo, Unaula. Es profesor del curso de Sociología de la Empresa (UQÀM); miembro activo de los grupos de investigación: La gerencia en Colombia (Eafit) y Desarrollo humano y organizaciones (PJIC). Correo: hbermude@eafit.edu.co.

“Los otros, son aquellos que ocupan el mismo espacio, que desean los mismos objetos y los mismos seres gratificantes y de quienes el proyecto fundamental, sobrevivir, se opone al nuestro. Pero los otros, son también todos aquellos con los cuales, cuando uno está reunido, se siente más fuerte, menos vulnerable”. Henri Laborit (1976)

1. Introducción

La gran mayoría de especialistas están de acuerdo en que, si fue con *Tótem y tabú* que Freud fundó su “obra sociológica”, es con *Psicología de las masas y análisis del yo* que complementa la tarea. Es preciso comprender estos dos textos como el *tándem* de la explicación freudiana sobre el origen y los mecanismos de funcionamiento de las instituciones humanas. Esto no quiere decir, por supuesto, que ambos escritos agoten las explicaciones del autor con respecto de los asuntos sociales. Sus exámenes sobre la violencia, la guerra y la relación con la muerte, constituyen también un inmenso foco de estudio sobre la configuración humana no sólo en lo individual, sino en lo colectivo.

Sin embargo, los estudios sobre la guerra y la violencia son un “paréntesis” que no entorpece, para nada, la acertada coherencia entre dichas obras de Freud. Es importante, entonces, insistir sobre la continuidad que existe entre las dos obras: el primero muestra la identificación por el *crimen*, el segundo muestra la identificación por el *amor*¹.

No obstante, si se quiere comprender lo que algunos comentaristas llaman el “segundo tópico” en la obra de Freud, la tarea resulta ardua: además de los dos textos que se acaban de mencionar, y del examen de sus estudios acerca de la violencia, es preciso acudir a ensayos como *El porvenir de una ilusión* (1927), *El malestar en la cultura* (1929) y *Moisés*

¹ Sin embargo, cabe advertir que cuando aquí se dice “paréntesis”, esto no significa que Freud se haya detenido. Obsérvense algunos escritos que hizo durante el tiempo transcurrido entre *Tótem y tabú* y *Psicología de las masas y análisis del yo*, a saber: *Duelo y melancolía* (1917); *El hombre de los lobos* (1918); *Más allá del principio del placer* (1919). Y lo mismo en relación con la violencia: la concepción de las *intuiciones* de Freud comienza a partir de *Consideraciones actuales sobre la guerra y la muerte* (1915), la cual se refina con la célebre carta a Albert Einstein *¿Por qué la guerra?* (1933), pero ellas van hasta el fin de su obra.

y *el monoteísmo* (1939), por solo mencionar los más representativos, en cuanto a este contexto en particular se refiere.

Obviamente, un objetivo como ese sobrepasa por mucho el alcance de un artículo como el presente. Así, lo que se pretende lograr aquí, es revisar la interpretación que hace un sociólogo como Eugène Enriquez acerca de algunas de las explicaciones freudianas sobre el vínculo social. En una edición anterior de esta misma revista², se explicaba la contextualización general del trabajo de Enriquez en relación con el de Freud. Por tales motivos, resulta necio volver a exponer esto con detalle, por lo que nos limitaremos a mencionar que, “Los avatares del funcionamiento social”, son el título del segundo capítulo del libro *De la horda al Estado* (1983), cuyo subtítulo es, por sí mismo, esclarecedor: *Ensayo de psicoanálisis del vínculo social*.

El lector encontrará, primero, una advertencia metodológica. En segundo lugar, aparece la interpretación de Enriquez dividida en tres apartados: la *absurda* “separación” entre psicología individual y psicología social; la naturaleza de la masa y de la organización; y su análisis sobre el concepto freudiano de la identificación. En tercer lugar, se presenta nuestro sucinto comentario a manera de consideración final.

2. Advertencia metodológica

En el mencionado artículo publicado, se explicaban los motivos que condujeron a Enriquez a utilizar el psicoanálisis para sus estudios sociológicos. De forma coherente con la intención de este autor, y gracias a que la pretensión implícita de artículos como este es la de contribuir a hacer menos incómodos los límites disciplinares (lo que suele llamarse “transdisciplinariedad”), se quiere insistir aquí sobre una advertencia epistemológica.

Si bien es cierto que “el psicoanálisis es una antropología” (Le Guen, 2000), o mejor dicho, un género particular de “antropología social”

² Véase: Bermúdez (2010).

(Green, 1992, p. 144), sin embargo, es preciso estar muy atentos a la utilización de sus herramientas epistemológicas. En este sentido, algunos psicoanalistas parecen más rigurosos que ciertos estudiosos de lo colectivo. He aquí, por ejemplo, la advertencia de Guy Laval en su estudio *A propósito del Malestar*:

Cuando nosotros abordamos la civilización y sus malestares, del cual el más “*evidente*”³ es el asesino en masa, a menudo del Estado, debemos tener siempre en mente que dejamos el dominio propio del psicoanálisis. Allí tomamos un objeto nuevo, que nos es, al menos de manera directa, literalmente *opaco*. Eso nos impone entonces un rigor extremo con el fin de evitar la aplicación de nuestros conceptos a un objeto que no se nos presta directamente, a un objeto extraño, situado fuera de nuestro dominio principal: correremos el riesgo de incurrir en una cháchara ilusoria, sin alcanzar mínimamente un objeto que se oculta (2002, p. 1853)⁴.

Este tipo de advertencias, desde el psicoanálisis hacia la sociología, aplica también en la otra dirección; es decir, para los sociólogos que intentan sus explicaciones apoyándose en el psicoanálisis. Resulta fundamental evitar las extrapolaciones abusivas que abundan en los estudios sociales, en algunas ocasiones ingenuas y en otras, sencillamente mediocres. El caso de Enriquez, es el de un sociólogo que delimita su campo de estudio, y es allí en lo que se quiere insistir: *hay que separar con precaución la teoría original psicoanalítica de la interpretación sociológica que se puede lograr con sus medios* (Bermúdez, 2010).

3. Psicología de las masas y análisis del yo

El texto consta de doce capítulos cortos. Al contrario de *Tótem y tabú*, este libro no causó escándalo. De hecho, ha sido considerado durante mucho tiempo un trabajo “más bien marginal”. A pesar de haber sido publicado originalmente en 1921, no fue sino hasta finales de los años 60 que comenzó la recuperación del texto. Sin embargo, los estudiosos de la

³ [*Überdeutlich*], alemán en el original.

⁴ Traducción personal (en todos los textos consultados en francés).

obra coinciden en que es un escrito magistral. Está lleno de “anotaciones fulgurantes”, según las propias palabras de Enriquez. De igual manera, Isabelle Lasvergnas (2010) destaca esa misma particularidad del libro: “es un texto corto y algunas veces ignorado, pero se trata de un escrito fundamental; está repleto de intuiciones y de premisas breves, pero profundas”. Para su examen, Enriquez agrupa en tres partes, los ya mencionados doce capítulos. Obsérvese a continuación su análisis.

3.1. Psicología individual y psicología social

El libro comienza por lo que Enriquez llama un *estruendo* como el que causa el sonido del trueno: se trata del “cuestionamiento acerca de la oposición entre la psicología individual y la psicología social” (1983, p. 68). Y agrega tres razones por las cuales señala a esta premisa freudiana con un apelativo tan sensacionalista:

Es cuando indica que la psicología individual es al mismo tiempo una psicología social que Freud: 1) arruina todas las pretensiones de los caracterizadores de definir unos tipos de personalidad, y unos tipos de enfermedades que serían el producto de factores orgánicos o psicológicos endógenos; 2) indica los límites del psicoanálisis individual y al mismo tiempo su carácter eminentemente subversivo; y 3) pone en ridículo la pretensión de una cierta sociología que quiere hacer economía del psiquismo individual y colectivo en la explicación de los fenómenos sociales (1983, p. 68-72).

En relación con el primer numeral, Enriquez se hace varias preguntas: “¿Hasta qué punto, la utilización de una clasificación psiquiátrica está fundamentada? [...] ¿No sería más fecundo examinar en *la historia del sujeto y sus avatares*, los eventos reales o imaginarios que le han conducido a adoptar una cierta estructura de conducta y que lo devuelven en la historia de sus identificaciones?” (1983, p.68). Además, el autor llama la atención sobre la importancia del contexto no como *topos*, sino como “tejido de relaciones sociales”, es decir, como escenario “de las posiciones identificatorias y de los conflictos”. Él interpreta el mensaje freudiano en cuanto a la importancia del Otro como una especie de *entorno*

indispensable en la constitución de la conducta: “ninguna conducta puede ser considerada como definitivamente *fijada*”, comenta Enriquez, y agrega que “será necesario preguntarse si esos comportamientos no son una *respuesta* más o menos adecuada a los desafíos y a las demandas del medio” (1983, p. 69). Se pregunta también, si es el estado de la civilización aquello que determina a sus enfermedades. Según él, por ejemplo, la neurosis obsesiva podría ser un tipo de comportamiento normal de los pueblos primitivos, de la misma manera que la neurosis narcisista podría ser propia de las crisis sociales más contemporáneas⁵.

En cuanto al segundo punto —los límites y el carácter subversivo del psicoanálisis— el autor señala que, justamente como cada uno “depende en su comportamiento de la influencia de los *otros*”, el análisis resuelve solamente algunas cosas en el analizante, sin embargo, esos *otros* “tenderán a mantener su comportamiento y su modalidad de influencia”. Asimismo, fuera de indicar estos límites, Enriquez señala el carácter subversivo del psicoanálisis cuando muestra que el análisis individual debilita las relaciones sociales hipócritas, “evidencia en los comportamientos cotidianos la parte de mentiras y de máscaras”, desengaña las ideologías, desencanta a los ideales, confronta a la moral y dialoga sin inhibiciones sobre lo sexual.

En lo que concierne al tercer punto —criticar la sociología que desprecia el psiquismo individual y colectivo en la explicación de los fenómenos sociales—, Enriquez muestra la importancia en la teoría psicoanalítica del Otro en su especificidad (*alteridad*) y no solamente en su generalidad. Es decir, la influencia del Otro en su singularidad hacia nuestra propia unicidad “y no como instrumento de nuestra satisfacción”. He aquí su ejemplo:

⁵ Esta idea no es exclusiva de Enriquez; de hecho, se invita a examinarla, por ejemplo, a la luz de ciertas propuestas de Christopher Lasch en su libro *La cultura del narcisismo* (1979). Además, es desarrollada posteriormente por Alain Ehrenberg en su libro *La fatiga de ser sí mismo*; la tesis central de este estudio es mostrar que la histeria que examinó Freud era una enfermedad propia del paso del siglo XIX al XX, así como la depresión es propia del paso del siglo XX al XXI. Véase: Ehrenberg (1998).

Adiós entonces a la sociología elemental que encasilla en un mismo conjunto a unos sujetos que presentan unas características socioeconómicas parecidas, porque ella no podrá, para nada, permitirnos predecir las conductas de esos individuos que llama parecidos: un agrupamiento en una clase lógica de obreros, no formará jamás una clase obrera (1983, p. 72).

Efectivamente, la noción del Otro, para Freud, es un axioma: “en la vida psíquica del individuo tomado aisladamente, el Otro interviene muy regularmente en tanto que modelo, apoyo o adversario” (Freud, 1981b, p. 123). Uno puede pasar esa frase desapercibida. En esos términos las cosas parecen tan fáciles! De nuevo recordamos la observación de Lasvergnas (2010): “*La Psicología de las masas...* está repleta de premisas breves, pero profundas”. Es precisamente en estas “pequeñas” frases que Enriquez se detiene minuciosamente a examinar cada detalle. De igual forma, el autor indica que originalmente no son tres roles sino cuatro: modelo, objeto, apoyo y adversario. Es preciso pues recuperar la palabra “objeto” del escrito original freudiano: “Ese término fue omitido en la nueva traducción. Sin embargo, se encuentra en el texto original” (1983, p. 605). Obsérvese entonces, a continuación, su análisis de los cuatro roles.

En tanto que *modelo*, el Otro aparece aquí como “referencia, como la norma que designa nuestro devenir y nuestro ser humano”. En efecto, Enriquez no olvida que para Freud, la identificación entre los hermanos en relación con el padre es la clave: “la ley es pronunciada por aquél que dispone de la función paternal”. Sin embargo, “no se trata ya del jefe de la horda, preso de un narcisismo total que es percibido como un *rechazo de amor*⁶, sino del padre que es, al contrario, mirado “*como una referencia*”⁷ (1983, p. 73).

En tanto que *objeto*, se trata del Otro como el objeto hacia el cual nosotros tendemos a apuntalar “la satisfacción de nuestras pulsiones, de nuestros fantasmas, de nuestros temores [...]”. No es solamente “la

⁶ Nota de Enriquez, E. (1979).

⁷ Nota de Leclair, S. (1959), cité par: Enriquez, E. (1967).

relación con el *otro*, sino la relación que constituye al otro y al sujeto mismo en una relación de alteridad de tipo *libidinal*" (1983, p. 73-74).

Por último, en tanto que *apoyo y adversario*: "Aquello que está en juicio aquí, son las relaciones de solidaridad o de hostilidad". Se trata del "funcionamiento del grupo de hermanos, que pueden arreglar sus problemas, trabajar en un proyecto común o entrar en rivalidad" (1983, p. 74).

Estamos pues, indudablemente, en los *límites* entre lo individual y lo colectivo: "el sujeto se constituye como sujeto por la existencia del otro", recuerda Enriquez, apoyándose no sólo en el descubrimiento de Freud, sino inclusive, en Hegel, puesto que "la consciencia de sí es en sí y por sí, cuando y porque ella está en sí y para sí por otra consciencia de sí, es decir que ella no es, sino, en tanto que ella es reconocida" (Hegel, 1946, p. 154). La constitución del psiquismo humano está ahí, es causa y consecuencia de la presencia (¿o la ausencia?) del otro. Pero, además, el Otro existe para nosotros en tanto que nosotros mismos lo investimos afectivamente. He aquí las profundidades abisales de la "sociología" freudiana: *toda* relación es un lazo libidinal y, justamente, son esos lazos libidinales aquellos que permiten "la construcción de los seres y no a la inversa" (1983, p. 76). No se puede olvidar que el lazo libidinal es originario en tanto que él está determinado por la pulsión libidinal, y según Freud, toda moción pulsional es originaria: "la investigación psicoanalítica muestra que la esencia más profunda del hombre consiste en mociones pulsionales que son de naturaleza elemental, que son idénticas en todos los hombres y tienden a la satisfacción de ciertas necesidades originales" (Freud, 1981a, p. 16).

3.2. Naturaleza de la masa y de la organización

3.2.1. La masa

Inspirándose en Didier Anzieu (1975), Enriquez señala que "la masa se comportaría como un *individuo en estado de sueño*"⁸. Es decir que la

⁸ El autor señala que "es esta perspectiva la que, en los últimos años, ha desarrollado D. Anzieu cuando ha mostrado la similitud entre el grupo y el sueño" (Enriquez, 1983).

masa se “deja guiar casi únicamente por el inconsciente, mientras que el individuo, por su parte, se deja guiar únicamente por la razón” (1983, p. 82). Hay pues, tres elementos que ocupan la atención de Enriquez en el estudio de la masa: “la fuerza mágica de las palabras, la desaparición de la noción de imposible para el individuo, y la instalación en la certidumbre y no en la búsqueda del saber” (1983, p. 83). Obsérvese a continuación su examen.

En cuanto a *la fuerza mágica de las palabras*, él retoma la lectura de *Tótem y tabú* para recordar la importancia de la palabra como lenguaje “estructurado ritualmente” que puede contener “efectos mágicos”. Para comprender el absolutismo del lenguaje de la masa, por ejemplo, en la repetición de fórmulas simples, es preciso pensar en la “omnipotencia” de la palabra en su capacidad de “transformar *directamente* la realidad sin intermediario instrumental” (1983, p. 83).

En cuanto a *la desaparición de la noción de imposible para el individuo*, justamente esto es la resultante del poder mágico de las palabras: “las palabras brindan *presencia* a la ausencia y *realidad* a los deseos” indica Enriquez. Y ajusta que ellas tienen “por doble consecuencia: la infantilización de los comportamientos y, simultáneamente, la posibilidad de una verdadera acción” (1983, p. 84).

En lo que respecta a la instalación en la *certidumbre* y no en *la búsqueda del saber*; P. Aulagnier le brinda la inspiración a Enriquez cuando ella explica el lamento del adulto causado por el deseo de revivir *el* recuerdo pasado: la nostalgia del narcisismo original. La autora afirma que el adulto tiene siempre dos tipos de lamentos: aquél de “una certidumbre perdida”, y la nostalgia de un “primer modelo de la actividad psíquica en la cual saber y certidumbre coinciden” (Aulagnier, 1974). Gracias a que el comportamiento de la masa está determinado por el inconsciente —reino de los procesos primarios—, la opinión general de la multitud colma el vacío de certidumbre (no hay necesidad de la búsqueda del saber porque la certeza está ahí), la masa está pues, en un estado de “narcisismo generalizado”.

3.2.2. La organización

En el estudio de las masas, Freud distingue dos formaciones colectivas diferentes. Las unas son de género efímero “que nacen bruscamente de la aglomeración de individuos dispares bajo el efecto de un interés pasajero”, las otras son “agrupaciones sociales estables en las cuales los hombres pasan su vida y que toman cuerpo en las instituciones de la sociedad” (Freud, 1981b, p. 141). Estas últimas, las “masas permanentes, altamente organizadas”, él las nombra como masas artificiales, y distingue, para su examen, dos ejemplos: la Iglesia y el ejército. Además, indica una clave fundamental: esas dos formaciones tienen la figura evidente de un líder.

Así, Enriquez compara la explicación que da Freud acerca de la génesis del grupo en la horda primitiva con aquella que éste da en las masas artificiales:

Mientras que en *Tótem y tabú*, Freud hace derivar el nacimiento del grupo del rechazo de amor del jefe que obliga a los hijos a comportarse como conspiradores y asesinos, en *Psicología de las masas...* él concibe el nacimiento del grupo a partir de un *acto de amor* espontáneo por la persona central (1983, p. 88).

En la relación con el padre de la horda, la violencia y la relación sexual guían, en la relación con el jefe de la masa artificial, es el lenguaje. En esta última, el jefe “crea el mundo pronunciando un *discurso de amor*” (1983, p. 94). Aunque, a continuación se verá que el amor no basta.

La nueva tesis freudiana no contradice en absoluto a la anterior, sino que, es más bien su continuación, su complemento: “es necesario que *el odio* esté presente, odio que toma parte de la pulsión de muerte sobre su versión de pulsión de destrucción dirigida hacia el exterior”, señala Enriquez. Una organización “para existir y para durar tiene entonces que *construirse* unos enemigos. Un enemigo exterior al cual el grupo le hará la guerra, un enemigo interior bajo la forma clásica de chivo expiatorio o bajo aquella de la guerra civil abierta o larvada” (1983, p. 95).

3.3. La identificación

3.3.1. Yo e ideal del yo

Freud define la identificación en las siguientes palabras: “es conocida en la historia del psicoanálisis como la expresión primera de un lazo afectivo a otra persona. Ella juega un rol en la prehistoria del complejo de Edipo” (Freud, 1981b, p. 167). He aquí, de nuevo, la puesta en escena del Freud sociólogo, al mostrar que el complejo de Edipo no es solamente el complejo que estructura la psiquis del individuo, sino a la humanidad en su totalidad⁹. A propósito de esto, el comentario de Anzieu resulta bien pertinente: “Freud concluyó el psicoanálisis como ciencia específica, diferente de la biología y de la psicología, reconociendo que la *neurosis*, y también el *devenir humano*, se juegan en el mito de Edipo” (Anzieu, 2009, p. 22)¹⁰.

Para examinar una noción tan compleja, pero fundamental, en la “sociología” freudiana, como lo es la identificación, es preciso comenzar por la distinción entre el *yo* y el *ideal del yo*. Este último, es una “formación autónoma que sirve de referencia al yo”, a la cual, el propio Freud le había “atribuido como funciones, la auto-observación, la consciencia moral, la censura onírica y el ejercicio de la influencia esencial desde la represión” (Freud, 1981b, p. 173). Así pues, existe una *identificación* desde —la introyección¹¹— en la cual el objeto “se convirtió en parte integrante del yo”. Sin embargo, si “el objeto es puesto en el lugar de eso que constituye el ideal del yo”, no se trata de una identificación sino de una *substitución*. En el primer caso, observa Freud, “el yo es enriquecido por las cualidades del objeto”, pero en el segundo caso, “él es empobrecido, es abandonado al objeto, ha puesto a tal objeto en el lugar de su elemento constitutivo más importante”

⁹ Véase Anzieu (2009); Assoun (1981); Green (1992).

¹⁰ El subrayado es nuestro.

¹¹ “Según la expresión de Ferenczi”, escribe Freud (1981b, p. 178).

(Freud, 1981b, p. 178). Es justamente una substitución eso que se presenta durante la fascinación amorosa y en la hipnosis¹²

3.3.2. Fascinación amorosa e hipnosis

En la comparación de estos dos estados, Freud es muy preciso: “No hay alejamiento entre el estado de enamoramiento y la hipnosis”. Y agrega que “se puede decir también que la relación hipnótica es —si se permite la expresión—, una formación de masa entre dos” (Freud, 1981b, p. 179-180). A propósito de esto, Enriquez anota que, para Freud, “el hipnotizador juega el mismo rol que el jefe primitivo”, porque él “posee también la fuerza que pone en peligro a aquellos que se le aproximan” (1983, p. 100). Sin embargo, aparece aquí un elemento muy importante que no estaba en el jefe de la horda: la fuerza del jefe aquí “la manifiesta por *la mirada*”. Freud completa entonces el tríptico, “el tercer lazo que nosotros tenemos con el mundo exterior [...]: la mirada, que con la voz y el sexo, forma una serie (un sintagma) homogéneo” (1983, p. 100):

Mirada y lenguaje forman un par indisociable. El hipnotizador [...] es aquel que sabe hablarle, saturar su pensamiento por las palabras y las imágenes que él vehicula. De esta manera, lleva al hipnotizado a “comportarse de una manera pasiva y masoquista” y a poner en el lugar de su ideal del yo, el objeto hipnotizador. “Pasiva-masoquista”, hace alusión, sin ninguna duda, en este contexto, a la pre-madurez del pequeño humano que lo pone en condiciones de dependencia tales que él no puede sino *sufrir* en un primer tiempo las condiciones de vida que le impone su entorno (1983, p. 101-102).

¹² Sin embargo, es preciso hacer una advertencia: la fascinación amorosa y la hipnosis, son formaciones muy diferentes en la teoría freudiana. Obsérvense las propias palabras de Freud: “El *estado amoroso* reposa sobre la presencia simultánea de tendencias sexuales directas y de tendencias sexuales inhibidas en cuanto a meta, el objeto atrae hacia sí una parte de la libido narcisista del yo. No hay espacio sino para el yo y el objeto. La *hipnosis* comparte con el estado amoroso la limitación a estas dos personas, pero ella reposa integralmente sobre unas tendencias sexuales inhibidas en cuanto a meta y pone el objeto en el lugar del ideal del yo” (Freud, 1981b, p. 216).

Otro elemento, en el cual Enriquez ocupa su atención, tiene que ver con la exigencia de un “amor igual” en la masa artificial. Así, a pesar de que ella sea una multitud, parece un ser único e indivisible. Lo importante en este tipo de masa no son los elementos en tanto que individuos, sino la masa en tanto que ser. Es verdaderamente como si se tratara de una relación entre dos: el todo poderoso y el dominado.

3.3.3. Individuo y masas

Para terminar, Enriquez quiere llamar la atención sobre la complejidad de las sociedades contemporáneas. Es evidente que en el ejemplo de Freud de la horda primitiva, los hermanos constituyen un solo grupo, pero hoy eso es impensable. Hay muchas formaciones colectivas que operan como “grupos de pertenencia” para cada uno de los individuos: el Estado, la clase social, la organización, etc. Así, esta multiplicidad de afiliaciones, implica una profusión de posibilidades identificatorias. Es preciso preguntarse si el individuo es *autónomo* en esos procesos de adhesión. Algunos sociólogos piensan que existe una parte irreductible de libertad, incluso, como lo indican Crozier y Friedberg (1977), unas “oportunidades estratégicas en el margen de libertad”. Hay que recordar la crítica de estos autores a la teoría de F. W. Taylor (el hombre como una mano), y a la teoría de G. E. Mayo (el hombre como una mano y un corazón) cuando proponen al hombre como una cabeza (es decir, con libertad): el hombre como “un agente autónomo que es capaz del cálculo y la manipulación y que se adapta e inventa en función de las circunstancias y los movimientos de sus compañeros” (Crozier & Friedberg, 1977, p. 45). Pero Enriquez recuerda que Freud era, sin embargo, mucho más pesimista. Este último considera que hay que pagar un precio muy caro por la libertad [...] de hecho, ella le parece una *victoria pírrica*. En palabras de Enriquez: “la libertad conquistada deja de lado dos preguntas importantes, aquella de las neurosis individuales y aquella del proceso civilizador” (1983, p. 112). He aquí su análisis:

En cuanto a las *neurosis individuales*, la multiplicidad de pertenencias, obliga al individuo “a estar dividido entre diferentes ideales del yo a los

cuales él quisiera ser fiel al mismo tiempo, a vivir contradicciones en su yo” (1983, p. 112). En la horda, la ley era “unívoca”, ella tenía “carácter sagrado”; por el contrario, hoy, el individuo “pierde sus referencias identificatorias”, él está sujeto a ciertos “trabajos de duelo”, ya no hay mucha protección en lo que se refiere a la aparición de síntomas.

En cuanto al *proceso civilizador*, actualmente existe una paradoja, una fuerte contradicción: de un lado, se puede observar una tendencia a la *uniformidad* jalonada principalmente por la lógica subyacente del modelo económico liberal. Quizás no se equivoca G. Ritzer (1996): hoy asistimos a la *McDonalización* de la sociedad. Sin embargo, en paralelo, se asiste también a los tiempos de un individualismo que raya en el solipsismo patológico: un *híper-individualismo*, según la expresión de G. Lipovetsky (2004). Por eso, hoy las personas “viven tensiones ‘intolerables’ (entre el yo y el ideal del yo), experimentarán un sentimiento siempre creciente de culpabilidad, y verán abrirse todas las grandes puertas de la neurosis” (p. 113).

Es justamente aquí que el sociólogo entra en escena. Muchas de las explicaciones de la vida colectiva, puede hacerlas utilizando recursos epistemológicos como los que le brinda el psicoanálisis. Obsérvese que la categoría central de análisis no es el *individuo* como tal, sino el *vínculo social*. Quizás desentrañando la manera cómo se configura tal vínculo, pueda comprenderse mejor cómo operan algunas porciones de la realidad social contemporánea.

4. Es insoportable: ¡hay que eludirlo!

Muchos de los problemas sociales contemporáneos pueden ser explicados por esta vía que se acaba de esbozar. Quizás deba aceptarse que hay un enorme componente violento, tanto en la estructura propia del ser humano, como también en la manera en la que se *organizó* para ser viable como especie; es decir, tanto en lo individual como en lo colectivo. Tal vez haya que aceptar, igualmente, que por muy racional que parezcan ciertas conductas colectivas, cuando uno se detiene

a examinarlas a la luz de estos postulados, se observa que operan exactamente como algunas patologías individuales. Y, lo peor de todo es que tal vez haya que aceptar —pues por insoportable que parezca, la historia lo demuestra—, que son enfermedades “incurables”.

Porque se puede constatar en *la realidad material* que si el individuo se encuentra en una situación de peligro físico, él considera a la huida como una oportunidad de salvaguardar su integridad. De manera análoga, eludir ciertos mensajes que resultan insoportables a la consciencia, es una elección. Hemos aprendido del psicoanálisis cuando habla de las neurosis, que es posible explicar muchos estados patológicos a partir de ciertos mecanismos de evasión de la realidad. Pero si se trata de cosas que escapan al dominio de la consciencia, ésta es, por supuesto, una opción genuina, pero seguramente no saludable.

En este mismo sentido, se dirá que Enriquez concluye su comentario señalando que la lectura de *Psicología de las masas y análisis del yo*, es controversial por la extrema vehemencia de los problemas tratados y por las conclusiones presentadas allí: la masa se origina como una ilusión hipnótica y funciona como una “neurosis colectiva”, ella “exige a cada uno uniformidad de comportamiento, amordazamiento de su yo”, ella puede conducir hacia conflictos graves entre el yo y el ideal del yo de los individuos. “Pero si ella falta —recuerda Enriquez— su ausencia hará surgir nuevos tipos de problemas que serán algunas veces más graves que la propia neurosis” (1983, p. 113-114).

“El mensaje de este libro es insoportable”, indica para concluir su análisis del texto, haciendo gala de un estilo directo y provocador, que parece hacer homenaje al propio estilo de Freud. Y agregamos nosotros que quizás haya sido, justamente por eso, por insoportable, que el libro no suscitó el escándalo. Se podría pensar que, al igual que muchos problemas de la realidad social, en lugar de soportarlos, resulta más fácil, eludirlos.



Referencias

- Anzieu, Didier (2009). Œdipe avant le complexe ou de l'interprétation psychanalytique des mythes. In: Anzieu, D (1966). *Le travail de l'inconscient*, textes choisis, présentés et annotés par R. Kaës. Paris : Dunod, p. 20-59.
- (1975). Analogie du groupe et du rêve, l'étude psychanalytique des groupes réels. In: *Le groupe et l'inconscient*, Dunod. En: Enriquez, E. (1983).
- Assoun, Paul (1981). Mythe, inconscient et Culture. In: Assoun, P. *Freud et les sciences sociales. Psychanalyse et théorie de la culture*. Paris : Armand Colin, p.78-88.
- Aulagnier, Piera (1974). Savoir ou certitude. In: *Topique, Revue freudienne*, n° 13. En: Enriquez, E. (1983).
- Bermúdez, Héctor (2010). Eugène Enriquez: El advenimiento de lo social. Un comentario sobre Tótem y tabú. En: Revista *Katharsis*, No. 9, p. 31-44.
- Crozier, Michel & Friedberg, Erhard (1977). *L'acteur et le système*. Paris: Du Seuil.
- Ehrenberg, Alain (1998). *La fatigue d'être soi. Dépression et société*. Paris: Odile Jacob.
- Enriquez, Eugène (1983). *De la horde à l'État. Essai de psychanalyse du lien social*. Paris: Gallimard.
- (1979). Du crime au groupe, du groupe à l'État. In: *Pouvoirs*, No. 11.
- (1967). La notion de pouvoir. In: G. Palmade et al. (Ed.), *L'économique et les sciences humaines*, Paris: Dunod.
- Freud, Sigmund (1981a). Considérations actuelles sur la guerre et sur la mort. In: *Essais de psychanalyse*. Paris: Payot.
- (1981b). Psychologie des foules et analyse du moi. In: *Essais de psychanalyse*. Paris: Payot, p. 117-217.
- Green, André (1992). Œdipe, Freud et nous. In: Green, A. *La déliaison. Psychanalyse anthropologie et littérature*. Paris: Les belles lettres.
- Heguel, G.W. (1946). *La phénoménologie de l'esprit*, T. I, chap. «La conscience de soi». En: Enriquez, E. (1983).
- Laborit, Henri (1976). *Éloge de la fuite*. Paris: Robert Laffont.
- Lasch, Christopher (1979). *La culture du narcissisme*. Paris: Flammarion.
- Lasvergnas, Isabelle (2010). *Processus sociaux, processus inconscients*. SOC-8755, Cours du programme de Doctorat en sociologie. Montréal: UQÀM. [Notes de classe].
- Laval, Guy (2002). À propos du Malaise. In: *Revue française de psychanalyse*. No. 5, Vol 66, p. 1855-1862.
- Leclaire, Serge (1959). L'obsessionnel et son désir. In: *Groupe de L'évolution psychiatrique*, fascicule III. En: Enriquez, E. (1967).
- Le Guen, Claude (2000). *La psychanalyse est une anthropologie. Monographie du « fait social »*. Paris: Puf.
- Lipovetsky, Gilles (2004). *Les Temps hypermodernes*. Paris: Grasset & Fasquelle.
- Ritzer, George (1996). *La McDonalizacion de la sociedad*. Barcelona: Ariel.